

Con todo, no se atrevió á maltratar, ni aun á inquietar al santo arzobispo de Tarantasia que estaba bajo su dominio, y que no cesaba de predicar contra el cisma con una libertad que producía el fruto mas maravilloso. Llegó hasta á recibirle con benevolencia y á tratarle con una atención respetuosa; y como los cismáticos arrebatados de despecho le diesen por ello sus quejas, respondió: «¿puedo yo proceder de otra manera? El resistir al varón de Dios, ¿no sería resistir al mismo Dios?» Habiendo pasado el emperador á Besançon, cuyo arzobispo Heberto era el mas fogoso de los cismáticos, se dirigió allá Pedro inmediatamente para sostener á los católicos. Los moradores de la ciudad y de los lugares vecinos acudieron en gran número á honrar al santo prelado como lo acostumbraban hacer en todas las partes por donde pasaba. Les dijo que orasen en comun para que Dios convirtiese á su obispo ó libertase de él á la Iglesia: oraron, y Heberto murió algunos dias después (1).

Mientras que estuvo en Italia, aconteció tambien uno de aquellos sucesos que pueden ser casuales, pero que equivalen á los milagros aun en la opinión de aquellos á quienes mas incomoda el eco de este nombre. Como todo el afán era despojar á los obispos que iban á presentarse al Papa Alejandro, un señor, animado sin duda mas por el espíritu del cisma que por el aliciente del botín, acometió al santo arzobispo, cuyo equipage se reducía á cinco caballos; mas al tiempo de perseguirle cayó su caballo y se rompió una pierna. Este accidente le hizo entrar dentro de sí mismo: siguió al santo, corrió á echarse á sus pies, le pidió perdon, y le dió mil gracias por haberle alcanzado del cielo un aviso saludable en vez del último castigo que confesaba

(1) Bolland. t. 13, ad 8 mai.

haber merecido. En este viaje de Italia predicó el santo animosamente contra el cisma aun en aquellas mismas ciudades cuyos obispos eran cismáticos; mas los pueblos solo consultaban á la veneración que les inspiraba su santidad y sus milagros, porque á la verdad fué otro San Bernardo, así por la muchedumbre de sus prodigios como por la brillantez de sus virtudes.

Afligido en extremo y verdaderamente temeroso de la veneración pública, resolvió el santo arzobispo huir secretamente, y en efecto partió de noche con un solo compañero. Siguió sendas difíciles entre rocas y precipicios, mudó muchas veces de guías, y llegó solo á un monasterio de su orden, lleno de monges alemanes cuya lengua no entendía y de los cuales ni era entendido ni conocido. Fué recibido como un simple monge y gozó por algun tiempo de la oscuridad que habia buscado. Sin embargo, su familia y su pueblo, entregados al mas profundo dolor y á las mas crueles inquietudes, se dispersaron por todas partes, ó para encontrarle ó para adquirir á lo menos alguna noticia. En fin, un jóven á quien habia educado desde su infancia, habiendo llegado hasta aquella casa, le reconoció entre los monges que salían á trabajar al campo, y dió un grito que los paró. Estos buenos religiosos quedaron estrañamente admirados: toda la comunidad se echó á los pies del arzobispo derramando lágrimas y pidiéndole perdon de no haberle tratado como merecía; mas él lloró todavia con mayor amargura al verse arrancar de esta manera de las dulzuras de su humilde retiro, puesto que habiéndose propagado inmediatamente la nueva de tan dichoso descubrimiento, se vió obligado á volver á su rebaño.

Llenó completamente treinta y cuatro años de un santo y largo episcopado, durante los cuales vivió como el mas pobre y el mas austero de los monges. No solamente

conservó el hábito, sino que siempre le quiso vil y usado; y si alguna vez le precisaban á tomar otro mejor, le daba de limosna en la primera ocasión que se le presentaba. Su comida era un poco de pan moreno y algunas legumbres aderezadas como las que hacia servir á los pobres. No dejó de sostener con eficacia los intereses de su iglesia y restablecer su patrimonio, y de cumplir con no menos dignidad que vigilancia con todas las funciones pastorales. Entre todas sus virtudes resplandeció particularmente su ternura para con los pobres y enfermos. En este punto fueron tales sus solicitudes, cuales se conceden á aquellas almas tiernas con las que parece que el Padre celestial ha dividido los cuidados de su Providencia y la dulce unción de su misericordia. Su casa era en todo tiempo un refugio abierto á los desgraciados; pero durante los tres meses que preceden á la cosecha, en que mas faltan los víveres en aquel terreno ingrato, parecia su casa mas bien un hospital que palacio de un obispo. Dos veces pasando los Alpes se quitó su túnica para que se cubriesen unas pobres mugeres que se morían de frío, no conservando él mas que su manto por encima del cilicio con peligro inminente de perecer él mismo. En una sola visita gastó en limosnas dos mil sueldos; es decir, cincuenta marcos de plata, importando entonces cada marco cuarenta sueldos.

El Papa Alejandro fué recibido en Francia con tal afecto y respeto, que dieron bien á conocer que ni el rey ni sus súbditos se cansaban de seguir siendo defensores de la Iglesia romana. El primer uso que hizo allí de su autoridad, fué concerniente á los clérigos empleados en servicio del rey (1162). Desde Montpellier adonde llegó, escribió al cabildo de Auxerre para que dejase disfrutar de la renta de su prebenda al canónigo Pedro aunque ausente, por cuanto hallándose empleado en el servicio de su so-

berano, debia considerársele como presente. No obstante, por alguna etiqueta de ceremonial, el rey Luis se manifestó repentinamente descontento del Pontífice, y el primer impetu del monarca llegó hasta declarar su arrepentimiento de haber reconocido á Alejandro mas bien que á Victor. Pero esto no fué mas que una nube pasajera, que no alteró de modo alguno el principio religioso de su adhesión á la unidad católica, como tuvo ocasión de manifestarlo muy luego con aquella magnanimidad que hacia el fondo de su carácter.

Atentos siempre los cismáticos á sostenerse por todos los medios imaginables, se aprovecharon del descontento del rey para empeñarle en una conferencia con el emperador, á pretexto de extinguir en todas las naciones las disensiones de la Iglesia (1). La pequeña ciudad de San Juan de Losne fué el lugar destinado para esta conferencia, por estar situada en los confines del reino de Francia y de la Borgoña que constituía parte del imperio. El rey se presentó en ella con unas miras muy puras y lleno de confianza, creyendo que todo se trataría de un modo canónico por los obispos de diferentes naciones que habian concurrido en gran número. Mas el emperador, sin presentarse en persona, le hizo declarar por su canciller Reinaldo, arzobispo de Colonia y el mas arriscado cismático de su comitiva, que se guardaría bien de transferir á otros el derecho que á él solo pertenecía de juzgar á la Iglesia romana: que el rey de Francia y sus obispos podrian asistir á la conferencia, pero en calidad de testigos solamente, y para recibir al Papa que fuese de la aprobación del emperador y de los obispos del imperio. Sonrióse el rey al oír tan estravagante insolencia. «Esas son, dijo, unas quimeras con que podeis

(1) Act. Alex. Duches, tom. 4, pag. 379 et seq.

mantener la imbecilidad de vuestras gentes; pero me admiro de que hayan salido aquí de vuestra boca. ¿Ignora acaso el emperador que Jesucristo encargó á San Pedro y á sus sucesores que apacentasen su grey? ¿Qué idea, pues, se ha forjado de mí y de mis obispos? Tomando inmediatamente á los asistentes por testigos del fraude y de la infracción de las promesas que se habían hecho, volvió la brida, picó fuertemente á su caballo, y se libertó á tiempo del lazo en que conoció algo tarde que le querían coger.

Después de haber dado las providencias necesarias para la seguridad de su frontera, se encaminó al país del Loira á juntarse con el rey de Inglaterra, que había juzgado mejor que él del designio de los alemanes, y que para socorrerle se adelantaba á marchas forzadas. Así estos dos príncipes rivales y tan frecuentemente armados uno contra otro, se manifestaron en esta ocasión conducidos por un mismo impulso y animados de un mismo interés al tratarse de la santa unidad. Mas el ejército imperial á quien empezaron á faltar los víveres, no tardó un momento en alejarse de la Francia, y de su propia voluntad la libertó de toda inquietud. Durante la negociacion de San Juan de Losne, el Papa Alejandro se detuvo en la abadía de Burgo de Dios, situada en la diócesis de Bourges, en los Estados del rey de Inglaterra, donde se creyó mas seguro en aquellas circunstancias, y luego salió de allí para conferenciar con los dos reyes que se habían juntado ya en Couci sobre el Loira. Ambos se disputaron la gloria en honrarle, los dos quisieron servirle de escuderos, y marcharon á sus lados, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, teniendo cada uno las riendas de su caballo. Aunque varios príncipes dieron muchas veces este testimonio de veneracion á

como entonces, viendo el espectáculo que presentaban dos monarcas enemigos y desarmados por la Iglesia, se creyó verificado el cumplimiento de la profecía alegórica, de que el león y el leopardo, semejándose á la oveja y al tierno corderillo, olvidaban bajo del cayado su natural antipatía.

Alejandro siguió con confianza al rey Luis á su capital, donde puso la primera piedra de la iglesia de Nuestra Señora, que se comenzó á edificar en aquel año de 1162, tal como se la ve en el día. Mauricio de Sulli fué el que la construyó enteramente en el tiempo de su episcopado, á escepcion de la portada que mira al Mediodía y de algunos trozos de puro adorno. Este prelado, llamado así por el lugar de su nacimiento en la diócesis de Orleans, no obstante la oscuridad y la indigencia en que nació, dió á conocer desde su infancia la nobleza y la elevacion de sus sentimientos. Dicen que pidiendo entonces limosna, y fingiendo la persona á quien se dirigió no querer dársela á menos que no renunciase á la esperanza de obispar, la despreció con altivez (1). Sea lo que fuese, no tardó en desplegarse enteramente la grandeza de su alma, con la superioridad de espíritu que comunmente acompaña á la del sentimiento. Por el camino de las ciencias llegó muy luego á una cátedra de teología y á la dignidad de arcediano en la capital. Adquirió tanta estimacion en este primer puesto, que en la muerte de Pedro Lombardo, quien solo ocupó un año la Silla de Paris, en la dificultad ó conflicto de los votos, ocurrida en el modo acostumbrado de la eleccion, todos los vocales remitieron á Mauricio la eleccion del nuevo obispo. Esta se efectuó desde luego. «No leo, dijo, en la conciencia de los otros; pero debo conocerme á mí

(1) Gall. Christ. tom. 1; Hist. eccl. par. tom. 11^o pag. 122.

mismo. En este supuesto creo poder responder por mí, que si yo tomo el gobierno de esta diócesis, procuraré gobernarla bien con la gracia del Señor.» Poniendo luego la mano en el pecho, dijo: «yo me nombro á mí mismo, y ved aquí á vuestro obispo.» Manifestó por los efectos que esta presuncion aparente no era mas que el sentimiento ingenuo de una alma grande y un aprecio justo de sí mismo.

De Paris fué el Papa á Tours para tener un Concilio que convocó para la octava de Pentecostés, y se abrió con efecto en este día 19 de mayo de 1163 (1). Halláronse en él diez y siete cardenales, ciento veinticuatro obispos, de Francia, de Inglaterra y algunos de Italia, cuatrocientos catorce abades y una multitud proporcionada de otras personas eclesiásticas y legas. Se propusieron desacreditar á los cismáticos y llenarlos de confusion, como que estaban enteramente persuadidos de que así lo merecian. Queriendo el Papa dar desde luego cuenta al Concilio de la canonicidad de su eleccion, en el momento en que comenzó á esplicarse empezaron á resonar en toda la asamblea los gritos del anatema y maldicion contra el falso Pontífice. Declararon nulas las ordenaciones hechas por él y por los otros cismáticos, entre los cuales dos eran notados de heregía; á saber, el cardenal Guido de Crema, y Juan, abad de Strum (2), los cuales justificaron en adelante esta severidad, que se usó particularmente con ellos, haciéndose uno y otro antipapas. Intentó asimismo el Concilio atajar los progresos de los herejes maniqueos, que infestaban el Langüedoc y que después fueron llamados albigenses. Prohibió bajo pena de excomunion todo comercio con ellos, aun para comprar ó vender, y prescribió todas

las precauciones posibles para impedir sus maquinaciones. También creyeron conveniente los Padres hacer frente á un abuso introducido en muchos monasterios: habia en ellos algunos religiosos, que con pretexto de caridad vivian en el siglo para estudiar las leyes civiles y lo que entonces llamaban física, esto es, la medicina, para ejercer después la profesion de médicos y de abogados. Reprobó el Concilio esta costumbre en los monges, sin prohibirles absolutamente sus funciones con tal que no las ejerciesen fuera de sus claustros: temperamento que se creyó todavía necesario para el bien público, á causa de los restos de la antigua ignorancia.

Concluido el Concilio, los dos reyes de Francia y de Inglaterra hicieron uno y otro convidar al Papa Alejandro con sus respectivos Estados para fijar en ellos su residencia, ofreciéndole para su mansion el lugar que mejor le pareciese. Escogió la ciudad de Sens, la mas distinguida entonces en el orden gerárquico, como metrópoli de la capital de Francia. Establecióse en ella á principios de octubre, y permaneció allí cerca de año y medio decidiendo los negocios de toda la Iglesia del mismo modo que si hubiese estado en Roma.

No se imaginaba por entonces que uno de los objetos mas tristes de su solicitud pontificia hubiese de ser en el año siguiente el arzobispo de Cantorbery, Tomás Becket, el cual acababa de presentarse en el Concilio de Tours, con tanta distincion como si hubiera sido hermano de su rey. Con efecto, Enrique II tenia entonces tal confianza en su persona, y le profesaba tal intimidad, cual podía haber dispensado al primer príncipe de su sangre. Tomás añadía á su figura noble y agradable una penetracion que le hacia superior á los negocios mas difíciles, un espíritu varonil contra todos los obstáculos, toda la grandeza y ele-

(1) Tom. 10 Concilior pag. 1424.

(2) Can. 9.

vacion de sentimientos de un príncipe, y al mismo tiempo la flexibilidad de carácter, la urbanidad y amenidad del mas fino cortesano. Se prestaba á todos los gustos del rey, ya por la caza y por otros varios placeres, ya por la magnificencia en la representacion, en los palacios, en los muebles y aun en los vestidos; nada escluía de su complacencia mas que las bajezas y las injusticias, que miró siempre con horror en los diferentes estados de su vida. Así siempre su alma, honesta y llena de energía, en el seno mismo de las delicias y de la vanidad, se conservó pura con respecto á las mugeres.

Habia recibido una educacion virtuosa, digna de sus padres sólidamente cristianos. Su padre Guiberto, aunque originario de un pueblo corto, habiendo tenido valor de marchar contra los infieles de Palestina, fué hecho prisionero en un combate y llevado cautivo á Egipto. Vió allí la hija de un almirante musulman. Esta se compadeció de su suerte, y pasando insensiblemente de la compasion al amor, le ofreció su mano. Tratóse de recobrar su libertad y de hacerla cristiana: aceptó el partido, huyó con ella, y llegó felizmente á Inglaterra, donde se casó despues que hubo recibido el bautismo. Tomás fué el fruto de este matrimonio y recibió los sentimientos religiosos que podian esperarse (1). Hizo sus estudios en Oxford, los prosiguió en Paris, donde florecian siempre las bellas letras, y luego se aplicó al derecho en la escuela célebre de Bolonia. Bien pronto fué conocido de Thibaldo, arzobispo de Cantorbery, el cual añadió el arcedianato de esta iglesia á la prebostia de Beverley y á otros muchos beneficios que Tomás habia ya obtenido. Habiendo llegado Enrique II á ponerse la corona, el arzobispo Thibaldo, deseoso de ganar para la Iglesia el afecto de este jóven monarca na-

(1) *Vit. Quadrip. lib. 4, cap. 4; Coll. Lup. lib. 4.*

turalmente emprendedor, hizo de manera que eligiese á Tomas por canciller suyo.

En este puesto importante fué donde Becquet llegó al mayor favor y á un poder casi sin límites, no solo por sus cualidades amables y su cortesania, sino tambien por las negociaciones hábiles y servicios esenciales que hizo en gran número al Estado. Nada hallaba el rey que fuese extraño á los talentos de su canciller. No solamente le confió el cuidado de la justicia universal del reino, sino tambien la educacion del jóven Enrique su hijo y su heredero presuntivo. En fin, habiendo fallecido Thibaldo de Cantorbery, propuso el rey esta mitra al canciller. Pero Tomás no estaba tan preocupado con su favor que le impidiese presentir todos los disgustos que los émulos de la eórte no dejan de ocasionar al mas dichoso favorito. Frecuentemente y con lágrimas en sus ojos decia á sus mas íntimos amigos mientras que todo al parecer lisonjeaba su fortuna, que nada deseaba con mas ardor que el poder salir honestamente de su brillante esclavitud. Cuando el rey le propuso que queria hacerle primado del reino, le dijo: «Señor, yo no os lo aconsejo; es mucha vuestra bondad para conmigo, y tal vez el odio ocupará muy en breve su lugar; un obispo mira los negocios de la Iglesia con otros ojos que un canciller.» El rey no mudó de dictámen, y manifestó sus deseos al clero de Cantorbery, el cual tuvo á gran dicha la eleccion de Tomás. Este fué el primer inglés de nacion elevado á esta Silla despues de su fundacion. Antes de aceptar una dignidad que segun sus principios debia hacerle morir enteramente al siglo, pidió y obtuvo ser exonerado de todas las obligaciones que podia haber contraído en la corte; luego dejó á Lóndres para ir á consagrarse en Cantorbery (1162).

Desde entonces comenzó á reflexionar seriamente sobre la santidad del estado en

que iba á entrar. En el camino dijo á Herberto, individuo de su clero y digno de su confianza: «probablemente sucederá conmigo lo que con todos aquellos que ocupan grandes puestos, que por lo regular ellos solos ignoran las quejas que el pueblo tiene de su conducta. Comunicadme pues en lo sucesivo todo cuanto dijeren de mí: advertidme sobre todo las faltas que en mí observáreis.»

Luego despues de su consagracion pareció un nuevo hombre. Dejó sus vestidos suntuosos, vistió el hábito monástico sobre un áspero cilicio, trayendo encima de él otro vestido conveniente á su dignidad, pero sencillo, modesto y largo, de seda oscura y forrado solamente de pieles de cordero. Observó igual sencillez en sus muebles y en su método de vida, y reservó gran parte de sus rentas para alivio de los pobres. Alimentaba todos los dias á ciento y cincuenta, y á doce de ellos les lavaba tambien los pies. Además de estas limosnas ejemplares hacia otras infinitas que su humildad tímida y la delicadeza de sus desvelos á favor de los pobres vergonzantes, procuraban igualmente tener secretas. En cuanto á las limosnas establecidas en el arzobispado, duplicó las de Thibaldo su predecesor, el cual habia ya practicado lo mismo con las de aquellos que le habian precedido. Su aplicacion á la meditacion, á la oracion, á la lectura de libros devotos y al estudio de la Escritura y de los Padres, igualó á su caridad. Se le oia con frecuencia llorar como perdido aquel tiempo que habia empleado en los negecios del siglo. Su mesa era numerosa, pero sin lujo. En ella colocaba á los literatos á su derecha, y á los monges á su izquierda: los señores y demas seglares comian á parte, temiendo, les decia, no les causase fastidio la lectura latina que duraba todo el tiempo de la comida. Aunque el uso de manjares delicados llegó á serle

necesario en fuerza del largo hábito que habia contraído, no dejó de guardar una rígida sobriedad.

Un prelado que se entregaba tan absolutamente á Dios, no podia ya dividirse de modo alguno entre la Iglesia y el siglo. Poco despues de su vuelta del Concilio de Tours, en el segundo año de su obispado, envió al rey los sellos, suplicándole nombrase otro canciller. El favor de los príncipes es un peso de que no es fácil descargarse cuando se quiere. Enrique miró como una injuria, que un hombre tan colmado de sus gracias manifestase despreciarlas de este modo. Concibió desde luego contra él una aversion, que solo necesitaba para manifestarse algun pretexto con que no quedase humillado su amor propio. Una competencia suscitada entre la jurisdiccion civil y la eclesiástica le ofreció ocasion oportuna. Enrique I habia concedido á los obispos el derecho de juzgar de los erímenes de sus clérigos, con exclusion de jueces seglares; y Enrique II, en la ceremonia de su consagracion, juró conservársele (1). Este príncipe, despues de su descontento con el arzobispo de Cantorbery, quiso someter á la justicia civil algunos clérigos culpables y el arzobispo lo desaprobó. El rey hizo juntar en Lóndres el arzobispo y los obispos, valiéndose primeramente de la persuasion para atraerlos á su dictámen. No habiendo podido lograr su intento, le faltó la paciencia; y mirándolos con ojos coléricos, les preguntó si no querian observar las costumbres de su reino. Lo que entonces llamaban costumbres no era mas, segun el historiador de Inglaterra (2), que un caos propio para confundir los usos legítimos con las usurpaciones de la violencia y de la tiranía. Es-

(1) *Vit. Quadrip. lib. 4, cap. 17 et seq.; Matt. Paris. ad ann. 1163.*

(2) *Matt. Par. p. 97.*